



CAPITULO XX

Y LLEGÓ el instante fiero.
Un secretario leyó en el Congreso
la proposición de nuestro diputado,
y el presidente dijo en seguida:

—El señor de los Peñascales tiene la palabra para apoyarla.

Jamás oyó el aludido un estruendo tan horripilante como el que formaron estas palabras en sus oídos.

La proposición, por sus extraños términos, había adquirido cierta celebridad en el Congreso, y el *orador* se estrenaba con ella. Todo esto contribuyó á que los diputados, contra lo que esperaba don Simón por único consuelo, permaneciesen en sus bancos. El trance en que se le ponía era superior á sus fuerzas. Y para acabar de perderlas, en el momento de levantarse para hablar, vió en la tribuna de periodistas, que tenía enfrente, á su jurado enemi-

go, de pie, en primer término, con el lápiz en una mano y el papel en la otra, mirándole con ojos de basilisco. Más que á tomar nota de las palabras del diputado, parecía dispuesto á dibujar su caricatura. Las demás tribunas, llenas como siempre. Felizmente su familia se había quedado en casa, por no querer Julieta salir de ella.

Pálido como la muerte, y trémulo de espanto, se levantó don Simón de su banco, y se apoyó con ambas manos en el delantero. Quiso hablar y le faltó la voz. Pidió por señas un vaso de agua, y mientras se le traían, se limpió la boca con el pañuelo; tosió é hizo cuanto es de rigor en casos de angustia semejante. Un ujier se le acercó con dos vasos llenos en una bandeja. Bebióse el contenido de uno sin resollar. Poco después halló voz en su garganta, y dijo: «Señores diputados...» ¡Nueva dificultad! No se le oía. Quiso decirlo más recio, y lo dijo á gritos. (*Risas.*) Bajó de tono, pero no se puso en el conveniente. Así recorrió todos los de la escala, y no dió con la *tessitura* hasta la séptima embestida. Pero había perdido en el tanteo la poca serenidad que le quedaba. Entonces se tragó el segundo vaso de agua; y al ver desocupados los dos, el ujier puso á su lado otra bandeja con otros tres. (*Carcajadas en escaños y tribunas.*) Don Simón sintió entonces

trocarse su angustia en desesperación. Hizo un esfuerzo supremo, y se tiró de pechos al asunto, como pudiera haberse tirado desde un balcón á la calle, si junto á sí le hubiera tenido abierto. ¡Así salió ello! En su vértigo desatentado, trocó todos los frenos; y viendo las cosas del revés, pidió que se abriera un canal en cada habitante de su provincia, y que se eximiera del pago de la contribución á todas las carreteras del aquel país, como era justo... y *contingente*, según pensaba demostrarlo. Pero la ebullición del Congreso llegó entonces á parecerse á una tempestad, y el *honorable* diputado, sintiendo hundirse el suelo bajo sus plantas y desplomarse el techo sobre su cabeza, cortó de pronto el hilo de su enmarañado discurso, y concluyó en seco. Levantóse en seguida en el banco azul su amigo el ministro de la Gobernación, á asegurar al aturdido diputado que el ministerio estaba dispuesto á secundar, en cuanto le fuera dable, el propósito contenido en la proposición que acababa de apoyarse; mas á pesar de esto y de haber sido tomada en consideración por el Congreso, don Simón no pudo consolarse. La corrida que acababan de darle había sido mayúscula, y temblaba también por la que le daría «el país» si leía su discurso tal cual había sido pronunciado.

Por ver si tenía enmienda, se fué más tar-

de á la redacción del *Diario*, y allí le tranquilizaron un poco. Siguiendo la costumbre establecida, se le dijo que se pondría lo que él quisiera, para lo cual dejó sobre la mesa todo su discurso, tal como se le había corregido Arturo cuando aún era su amigo.

Del mal, el menos.

Aquella noche se acostó temprano y no durmió; pero, en cambio, sudó copiosamente.

Al otro día no tuvo valor para hojear los periódicos de oposición; pero una fuerza irresistible le hizo fijarse en *El Aviste*. Primero leyó su discurso en el extracto de la sesión, y se admiró al ver *qué bonito* estaba. En seguida clavó su vista en la *Crónica parlamentaria*; y entonces estuvo á pique de morir de repente, al leer, entre otros, nada lisonjeros para él, estos renglones:

«La proposición del diputado Peñascales, célebre desde ayer en los fastos parlamentarios, es una verdadera monstruosidad en la forma y en el fondo; y bien seguro es que no hubiéramos dicho de ella lo que dijimos al anunciarla, si la hubiéramos conocido entonces como la conocemos ahora. Esa misma monstruosidad hace muy difícil, si no imposible, que se la pueda presentar á la Cámara como hija de una verdadera necesidad de los pueblos, á cuyo beneficio se encamina. Para empresa tan colosal

no bastan las fuerzas del más hábil tribuno. ¡Qué efecto había de causar ante las Cortes, apoyada por un ignorante ridículo, que cree que es lo mismo sumar columnas de guarismos que hablar ante la Representación del país? Responda por nosotros la sesión de ayer. Y cuenta que no sentimos lo ocurrido en ella por la gloria del *orador* (!) corrido allí como una liebre, pues por muchas que sean sus presunciones, no debe, en su estulticia ingénita, aspirar á mayores triunfos; sino por el prestigio del Parlamento y por la dignidad del ministerio, que acogió bajo su amparo un asunto que pasó los límites de lo grotesco.»

Cuando tales cosas decía de él un diario ministerial, que poco antes le había puesto en los cuernos de la luna, ¿qué no dirían los que, amén de ser de oposición, no tenían que guardarle miramiento alguno? Jamás supo el pobre hombre hasta qué punto le maltrató aquel día la prensa de todos matices. Y no fué poca su suerte en ignorarlo, pues la sospecha de ello solamente le tuvo tres días en la cama, á caldo colado.

Cuando se levantó, entre la montaña de cartas que se le habían aglomerado en la mesa de su despacho, halló tres que merecieron su preferencia. La una era de sus amigos de la ciudad, que le felicitaban por el *triumfo* obtenido

en las Cortes al defender tan *brillantemente* los intereses de su país. «Con este *golpe*—le decían entre otras cosas,—ha tapado usted la boca á los que aquí se permitían murmurar de su ciego ministerialismo, bien probado con el voto que dió al Gobierno en la cuestión del empréstito.»

Revivió con esta incensada el amortiguado espíritu de don Simón, y en el acto se puso á contestar á sus amigos, dándoles las gracias y asegurándoles que en la ya próxima discusión de los presupuestos demostraría á sus murmuradores cuán leve era su adhesión al ministerio, comparada con su amor al país que representaba.

La segunda carta era de su apoderado. Le remitía letras por valor de veinte mil duros, y ponía á su disposición cuarenta mil más para dentro de quince días, y otros veinte mil para fin de mes, fechas en las cuales tenía la casa esos vencimientos que cobrar de las acreditadísimas A... y B..., y cubiertas todas sus atenciones del momento.

La tercera carta era del Ministro, el cual le participaba, *en confianza*, que el empréstito estaba á punto de abrirse.

El caso era de apuro para don Simón. Resuelto á hacer una hombrada en lo del empréstito, los ochenta mil duros de que podía dispo-

ner le parecieron poca cosa, y, por consiguiente, una miseria los veinte mil del momento. ¿Qué valían éstos para aspirar él, como principal suscriptor, á la ofrecida recompensa? ¡Habría tantos banqueros que le aventajarían por triplicado! Podía ir comprando papel á medida que le fueran remitiendo fondos; pero, ¿y si se cubría el empréstito el primer día? ¡Adiós título nobiliario entonces!... No le quedaba otro remedio que *hacer dinero* á todo trance; y lo más sencillo le pareció girar á cargo de su casa las cantidades, y á las fechas marcadas por su apoderado, y negociar las letras en la Bolsa.

Y así lo hizo.





CAPITULO XXI

DON Simón consiguió muy fácilmente ser, no de los primeros, sino el primero entre los primeros suscriptores, porque el empréstito tuvo pocos golosos. Pero el Ministro no le concedió el ofrecido premio. Al abrirse aquél, volvió á combatirle, desbordada, la prensa de oposición; probó, sin gran dificultad, que semejante operación era el síntoma más evidente de la bancarrota que amenazaba; cundió la desconfianza, y del primer tirón bajó el papel diez por ciento. ¿Cómo había de colocarse el resto? Y no colocándose todo, ¿cómo había de saber el Gobierno quién merecía los títulos de nobleza y las grandes cruces?

Pero, ¡bueno estaba el ministerio para pensar en tales fruslerías! Al desastre del empréstito había seguido otro no menos grave para los ministros. Una contradanza de goberna-

dores y una hornada de altos funcionarios, se habían hecho indispensables en aquellos días; y como las vacantes eran menos que los diputados ministeriales, hubo entre éstos disgustos, discordias y desavenencias, ya por razón de despecho, ya por razón de estómago; cundió la indisciplina, y de la noche á la mañana se halló el Gobierno en grave riesgo de perder la mitad de sus huestes. Entonces tomó la política ese aspecto edificante, que es la delicia de los hombres libres, y la mostaza del sistema.—Cabildeos por acá, reuniones por allá, ofertas de este lado, súplicas del otro, grupos en aquel rincón, voces en este pasillo, citas á deshora, carruajes que van, personajes que intervienen... Y entre tanto, la prensa hablando de crisis; refiriendo idas y venidas; resultados que se esperan; fines que se temen; bofetones que se dieron, y lances de honor que se *arreglan*.

Para colmo de complicaciones, había empezado en el Congreso la discusión de los presupuestos, ¡cosa rara!; y el Gobierno, que había prometido dejar la cuestión libre á sus diputados, como las oposiciones le cercenaban los ingresos y el empréstito no se cubría, no tuvo más remedio que hacer *cuestión de gabinete* la aprobación de ciertos capítulos.

Entonces fué cuando Peñascales perdió la

serenidad y se echó de bruces en el agitado mar de la política.

Su situación no era para menos. Por compromiso adquirido con sus amigos y aun con su propia conciencia, debía votar todo aquello que tendiera á aliviar las cargas de los agobiados pueblos... Y cabalmente iba á darse la batalla primera en los artículos que recargaban desatentadamente la propiedad territorial, ya de muy antiguo gravada con impuestos insoportables. ¡Y él era representante de un distrito rural! Pero tenía comprometida la mitad de su fortuna, acaso toda ella al día siguiente, en un negocio cuya única garantía era la conservación del ministerio que le había metido en el ajo; ministerio á la sazón tan inseguro por las deserciones ocurridas en sus filas, que un solo voto de más ó de menos podía salvarle ó perderle. ¿Cómo votaba él con la oposición?...

No vaciló siquiera. Con cuerpo y alma se dedicó, y con mayor empeño á medida que el día funesto se acercaba, á predicar la paz y la concordia entre las fuerzas disidentes. ¡Loco intento el suyo!... Aquellos políticos, al revés que él, cuando más hundido veían á un gobierno, con menos interés le miraban; y en cuanto le consideraban moribundo, como ya nada podía darles, corrían á agruparse en de-

redor de los hombres indicados para sucederle en el poder.

Cuando don Simón se hubo penetrado de esta ya vieja *teoría* parlamentaria, se dió á los demonios, y hasta se atrevió á decir iracundo á algunos desertores:

—Pero ¿qué patriotismo es ese? ¡Ayer apoyando al Gobierno, como al mejor de los posibles, y hoy combatiéndole por una nimiedad!

—Y ¿qué patriotismo es el de usted?—le contestaron.— ¡Votar contra los intereses de los pueblos, por salvar los que tiene usted comprometidos con *esta gente!*

La réplica no tenía vuelta; y ya sudaba don Simón por falta de una, cuando el Ministro se le acercó. Insinuándosele éste con un discreto tirón de la levita, le llevó hasta el pasillo más obscuro, y allí le dijo muy callandito:

—¡Animo, amigo mío! La cosa marcha bien. ¡Firme con ellos, y cuidado con dejarse seducir por esa *patulea de hambrientos!* Su título de usted está firmado ya, y el empréstito cubierto, á juzgar por las últimas noticias transmitidas al Gobierno.

Y dejando á don Simón más turulato de lo que estaba, cogía S. E. á otro diputado y le decía algo que pudiera halagarle, mientras á Peñascales le agarraba un disidente, y pintándole con vivos colores la situación de la pa-

tria, y ofreciéndole en nombre de *su partido* torres y montones, ponía al ministerio y á los ministeriales como trapos de fregar.

Y en estas vertiginosas evoluciones, todo el Congreso durante muchos días; el ministerio prolongando el debate cuanto le era dado para alejar la votación hasta tanto que pudiera ganarla, ó convencerse de que la tenía perdida; la prensa desatada, y los centros administrativos cruzados de brazos, esperando la resolución de la inminente crisis que acabaría con un cambio completo del personal; en el cual caso, ¿para qué dar una plumada más?

Entre tanto, la muerte del Gobierno era inevitable. Los diputados que le quedaban fieles, lo eran á causa de haberse visto complacidos en aquello mismo en que habían sido desairados los disidentes. ¿Cómo atraer á éstos y no perder á los otros, no habiendo cebo para todos?

Y el día de la votación avanzaba rápido, á pesar de los subterfugios del Gobierno; y los periódicos se desgañitaban descomponiendo en cifras las fracciones del Congreso. Según el cálculo más lisonjero que podían hacer los ministeriales, el Gobierno iba á ser derrotado ¡por tres miserables votos!

—¡Para cuándo son las pulmonías y los cólicos cerrados?—exclamaba, al leerlo, don Simón

en su despecho y sin pararse ya en barbaridad más ó menos.

¿Reflexionaba así el ministerio? Tal vez; pero no se le traslucía. Nada más fácil á éste que inutilizar media docena de diputados hostiles por medio de otros tantos autos de prisión, ó de falsos telegramas que los alejasen de Madrid el día crítico; pero ¿estaba él seguro de que, apelando á estos extremos, aunque muy parlamentarios nada buenos, no le exterminasen las oposiciones otros tantos auxiliares, con una paliza, por ejemplo?

No había, pues, otro remedio que tomar los acontecimientos como se presentaran.

Y llegó así el día fatal; y aunque los cabildos y la efervescencia no cesaron un instante, y don Simón votó con tal ira y tal ímpetu que arrancó carcajadas á las tribunas, el Gobierno perdió el pleito; y como no tenía á la mano un decreto dado por la *regia prerrogativa*, dióse por muerto y presentó su dimisión.

Peñascales entonces, creyendo ver un abismo abierto á sus pies, cayó con un síncope, entre la rechifla de las huestes victoriosas.



CAPITULO XXII

EL nuevo ministerio parecía complacerse en deshacer cuanto su predecesor había hecho. Eran ambos de una misma familia; y sabido es que las guerras intestinas son tanto más encarnizadas cuanto más afines son los beligerantes. Los periódicos ministeriales sacaron á la luz de la publicidad todos los trapillos del Gobierno caído, y hubo especial empeño en hablar de los cuatro títulos de nobleza y las dos grandes cruces consabidas, y en trastear particularmente á don Simón, como á novillo bravo.

Con estas tendencias del nuevo ministerio, el papel del empréstito bajó hasta la mitad de su valor.

Tal fué el primer caldo que tomó Peñascales al convalecer del sofocón que le tumbó en el Congreso al caer el Gobierno que le *protegía*.

El segundo caldo fué todavía más amargo.